

Rara vez sucede que se arrepienta jamás un gobierno de haber seguido un sistema pacífico. Pero este sistema es de una necesidad indispensable para aquellos Estados que no pueden tener ejércitos numerosos, los cuales se verían muy cerca de su total ruina, si mantuviesen la guerra algunos años; y también para las naciones que fuesen comerciales únicamente, cuya guerra interrumpiría y arruinaría tal vez el comercio. Este sistema se sostiene por medio de las alianzas y de las negociaciones.

El sistema mercantil ó de comercio, se ha hecho el objeto de las más poderosas naciones de Europa, y las demás potencias inferiores muestran su emulación en este ramo, sin afectar la menor rivalidad.

El mantenimiento de la balanza entre diferentes potencias, es un sistema general que debe formar una parte del sistema particular de cada Estado de la Europa; porque cada nación tiene interés en que ninguna sea tan poderosa que pueda oprimir á las demás.

———(:o:)———

CAPITULO IV

CONSIDERACIONES QUE SE HAN DE OBSERVAR EN LA MANE- RA DE PROPONER LAS MÁXIMAS DE ESTADO

§ 1

Causas que hacen desechar una máxima de estado,
después de formada

Muchas veces sucede que después de haber sido formada y establecida perfectamente una máxima, aunque no varíe de naturaleza por el modo con que hubiese sido propuesta, sin embargo es rechazada con unánime consentimiento, cuando se propone ó se toma en un sentido diferente del que le es propio. Este inconveniente parece que proviene de dos causas, cuales son: la persona misma que propone esta máxima, y el modo de proponerla.

§ II

La persona que la propone

La persona es causa del mal éxito de que tratamos, cuando conociéndose poco á sí misma y estando aún menos instruida de la buena ó mala reputación que merece al público, propone su máxima sin procurar de antemano, no sólo acallar los clamores que pudiesen perjudicarla, sino disponer también los ánimos en su favor; por cuya omisión viene á ser despreciado y mal recibido todo su razonamiento; y por excelente que fuese su máxima, llegará á ser rechazada. Al contrario, si la prevención de las gentes favorece á quien propone una máxima, se asocia ciegamente á todo cuanto él dice, y es aprobado generalmente; y el sugeto que encuentra tan feliz disposición en los que le escuchan, no tiene que dar á entender claramente lo que piensa de su máxima, para verla admitida con honor.

§ III

La manera con que es propuesta

Por lo que mira á la manera como fué propuesta la máxima, sucede muchas veces que sin reparar en la buena ó mala opinión que se hubiese formado de su autor, suele haber unos que logran hacerla agradable, y otros no pueden ni insinuarla siquiera, por cuanto aquéllos procuran no decir nada que pueda ofender á los que los escuchan, y estos otros se explican con tan poco recato, que insultan á los oyentes; por lo que, indignados éstos, se oponen á su sistema y lo rechazan.

Por tanto, siendo muy esencial al Hombre de Estado, no sólo la investigación de los medios para hacer agradable su sentimiento, sino también el dar á conocer bastante, como lo acabamos de decir, cuán necesarias son las consideraciones en el arte de persuadir, nos parece que debemos tratar de la circunspección con que se debe proceder en este punto, ó á lo menos, referir las más importantes consideraciones.

§ IV

Presentir la disposición de los ánimos

Desde luego, tanto en el Gabinete como en el Consejo de Estado, debe atender un ministro, á la prevención que tuviesen los ánimos sobre el asunto de que se tratase, porque ordinariamente, en la opinión común suele pasar tan pronto por incapaz ó por muy difícil de contentar, como por hombre excesivamente rígido, ó por un corazón interesado; otras veces estará reputado por hombre precipitado, ó por demasiado lento en los negocios; y en otras, finalmente, será tenido por muy complaciente, ó por hombre dotado de las cualidades más excelentes. Por consiguiente, es muy importante saber qué lugar podrá ocupar en la estimación de las gentes.

§ V

Destruir una preocupación perjudicial

Teniendo certeza de que es contraria la prevención, deberá el ministro tender á destruirla, hablando ú obran-

do de una manera contraria á ella; y si fuese favorable, no olvidará ningún medio para sostenerla, á fin de hacerla valer con ventaja. Esta consideración de la opinión común parece muy necesaria, porque sin ella jamás tendría efecto lo que se propusiese, cuando fuese contraria la prevención. Porque ésta desfigura los objetos á los ojos de aquellos que domina, y nunca se debe esperar que sea agradable una máxima, un proyecto ó una diligencia, aunque estuviese bien probada la verdad y la necesidad de ellos, si su autor fuese tenido en el público por un hombre limitado ó por mal intencionado. En su boca, la verdad tendrá los colores de la mentira, y la generosidad de su conducta pasaría por un refinamiento de ambición. Por lo cual, es preciso empezar disipando la prevención de los ánimos antes de esperar á persuadirlos.

§ VI

Aprovecharse de las disposiciones favorables

Pero si la prevención fuese favorable, sacará partido de ella un ministro, siempre que ordene bien su discurso y lo haga conciso y expresivo; porque los razonamientos difusos, lejos de sostener la buena opinión que tuviese su mérito, no sólo la debilitan sino que le privan de aquellas ventajas que suele acarrear dicha opinión, y pueden variar también su naturaleza y hacerla contraria.

§ VII

Excusar ciertos abusos

Además de esto, es necesario que el ministro no combata directamente los abusos que pretendiese corregir por medio de su máxima fundada y establecida; porque si estuviesen muy introducidos y fuesen inveterados, tal vez los habrían tomado por hábito sus conministros: en cuyo caso no los tendrían por abusos; y si se tratase de cosas que les lisongeasen el gusto ó sus pasiones, las estimarían y autorizarían como causas de buen orden; de lo cual resultaría que cuando el ministro quisiera oponerse, como muralla de bronce, á cualquier desorden, por la autoridad de alguna máxima, se irritarían contra él los mismos que deberían auxiliarlo; porque cegándolos el vicio de la costumbre, no sólo tratarían de injusta su pretensión, sino que respetarían aquel desorden que les habría disfrazado el largo hábito, y lo mirarían como consagrado por el uso. Pero si el abuso no hubiese hecho aún muchos progresos, y sólo reinase en un corto número de gentes, no sería fácil descubrirlo, y el que quisiera remediarlo, sería tratado de temerario.

§ VIII

Contestar la realidad de un desorden

Por lo cual, antes de llegar al remedio, exponiendo la máxima formada y establecida, conviene que el ministro haga entrever como ventajoso, su sistema en orden al abuso que se hubiese de corregir, y principalmente, que establezca la realidad de dicho abuso, señalando

su origen, sus progresos, su estado actual, sus efectos y sus consecuencias, para deducir de aquí otras tantas pruebas de la necesidad de admitir la máxima que propusiese, la cual no tendría entonces nada de extraño. Y, sucesivamente, procurará realzar los colores de su pintura, con el ejemplo de algún sugeto que hubiese sido reconocido por delincuente en esta parte, cuya conducta fuese capaz de desvanecer toda duda que pudiese ocurrir acerca de la naturaleza y de las consecuencias del abuso de que se tratase.

§ IX

Ejemplo

Supongamos que un Ministro de Estado hallase un exceso odioso en los emolumentos de los oficiales de la Magistratura, y para obviar este mal se propusiera disminuir sus utilidades y velar sobre su administración. Es constante, que si dicho ministro proponía desde luego su máxima, tal cual la hubiese concebido, por poco que estuviese oculto el desorden, sería rechazada por muy rigurosa, ó también por injusta. Por lo cual, sería preciso que empezase mostrando los límites á que convendría reducir semejantes emolumentos; en seguida, debería manifestar, sirviéndose especialmente de algún ejemplo, lo mucho que traspasaban los límites de sus derechos en las cantidades que exigiesen; y últimamente, había de dar á conocer el principio que tuvo este abuso y lo mucho que se hubiera empeorado; pero después de todo esto, propondría la máxima que hubiese

formado; la cual, como trabajase en establecerla, podría prometerse que sería bien recibida.

§ X

Consideraciones personales

Hasta aquí hemos hablado de las consideraciones más esenciales que debe observar el Hombre de Estado, de cualquiera edad y consideración que fuese, en la exposición de alguna máxima que hubiese formado y preparado. Pero como los ministros políticos se diferencian unos de otros, tanto en reputación como en autoridad y edad, lo cual es causa de que unos puedan pretender algunas consideraciones que no se atreverían á prometerse otros, creemos que no sería inútil entrar aquí en la exposición de aquellas consideraciones que parece que tienen alguna relación más particular con los diferentes estados de los ministros, ya fuese relativamente á la edad, ya con relación á la autoridad y al crédito que hubiesen adquirido. Con este motivo, distinguiremos dos clases solamente de ministros políticos; á saber: una de jóvenes y otra de ancianos. Pero suponiendo siempre la estimación y la autoridad que es debida á éstos con preferencia á aquéllos, la medida de la reputación y la del poder debe ordenar las consideraciones que mereciesen ellos, y las que deberían tener igualmente con los demás, considerado cada uno en su clase. Veamos, pues, las más considerables de las que pertenecen á los ministros jóvenes, en el modo de proponer las máximas que hubiesen formado.

§ XI

Consideraciones que deben tener los ministros jóvenes
con los ancianos bien acreditados

La primera consideración debe consistir en no oponerse jamás declaradamente, á la opinión de los ancianos que estuviesen bien acreditados, á no ser que fuese manifestamente improbable. Porque más bien sería tenido por temerario un joven que faltase á la consideración con sus maestros, que si se supusiera ignorancia en éstos. Además, que llegaría á desagradar muy pronto el ministro joven, y todas sus razones serían combatidas con tanto vigor, que las vería desvanecidas enteramente, con gravísimo perjuicio de su reputación. Por lo cual, los ministros jóvenes deben proponer sus objeciones por vía de reflexión, y no valerse sino de medios indirectos, para debilitar las razones que produjesen los ancianos, cuando fuesen menos justas; en cuyo caso procurarán realzar ellos el valor de las suyas, ilustrando el objeto de la máxima que estuviesen ventilando, y dándole más ó menos vigor, según la exigencia, y más salida también á las circunstancias que fuesen propias para despojar el hecho de la autoridad con que lo hubiesen investido los ancianos, según sus principios, á fin de obligar por este medio, á que unos hombres tan respetables puedan retractarse sin avergonzarse de hacerlo; porque por escrupulosa que hubiese sido la discusión, se habría tenido moderadamente y sin afectación, con el único fin de aclarar bien el hecho y grabar fuertemente la verdad en los ánimos. De este modo no había riesgo de que se perjudicase á sí mismo, ni de que se hiciese odioso á los ancianos cuando se viese obligado á seguir una opinión con-

§ XII

Y también con los que gozan de menor reputación

Un ministro joven, no sólo debe guardar los respetos debidos á los ancianos que tuviesen bien sentado el crédito, sino que es necesario que observe también la misma conducta que debe guardar con sus conministros, cuando refute cara á cara sus opiniones, por poco experimentados que fuesen ellos. Porque declararse sin reserva, contra un sentimiento, es inducir al que lo propone, á sostenerlo porfiadamente; de lo cual resulta, que el que lo combate, para hacer agradable otra opinión, suele encontrar mayores obstáculos que vencer en su doble pretensión. Además de esto, la falta de atención en el sugeto que contradice el sentimiento de otro, indispondría á éste de tal modo, que se haría entonces más sordo á la voz de la verdad; y el Estado lo padecería, porque no siempre se seguiría la opinión más sana; y el contradictor que fuese poco reservado, no conseguiría otra cosa, por precio de su inconsideración, que la mala idea que se hubiese formado de su carácter.

§ XIII

No abundar en su sentido

Los ministros jóvenes tienen otra consideración que observar, cual es la de no realzar la excelencia de sus sentimientos tanto, que den motivo para presumir que están ellos imaginando ser los únicos que tienen la razón por su parte y que miran á los demás ministros como incapaces de formar una buena máxima. Fuera de esto, cuando á un ministro joven le tocase hablar primero, como no tendría conocido aún el sentimiento de los ancianos, si llegase á ser éste contrario á sus ideas, y al mismo tiempo se considerase digno de ser preferido por mejor, quedaría avergonzado el ministro joven de haber producido una opinión que había sido despreciada justamente; y además de este deshonor, se le tacharía de imprudente, por haber tenido por excelente una opinión falsa.

§ XIV

Proponer modestamente su dictamen

Pero si propusiese su dictamen después de haber expuesto los suyos los ancianos, suponiendo que se hallasen en el Ministerio dos opiniones diferentes, nada le convendría menos, según lo que hemos dicho antes, que exaltar la suya; porque esto sería decidir ó querer resolver soberanamente á favor de su dictamen, como preferible á todos los demás; lo cual haría poco honor á los ministros que lo patrocinasen, por cuanto supondrían luces muy superiores en un sugeto que carecería de pru-

dencia y de aquella discreción tan esencial, cuando se trata de deliberar.

§ XV

No envidiar á los demás la gloria de una máxima sabia

Mas si fuese el último de todos para exponer su sentimiento, y se conformase con la opinión de todos los demás, tendría menos por qué aplaudirse, por haber sido los otros los que expusieron antes su dictamen; porque mostrándose deseoso de una alabanza que pertenece á otro, descubriría todo el fondo de su imprudencia y ambición, y se exponería á un desprecio que, por sus malas consecuencias, podría causarle la exclusión del Ministerio, é indispondría los ánimos contra su persona y contra todo lo que pudiera proponer, que fuese bueno y ventajoso para él mismo en otra ocasión; todo lo cual perjudicaría más ó menos al Estado, ya por la oposición del Ministerio á un buen dictamen, ya por las mutaciones de los ministros, que siempre serían perniciosos si se les excluyese del Consejo. Digamos, pues, que un ministro joven nunca debe proponer su dictamen sino con términos discretos y respetuosos, declarando que lo somete al de los más experimentados, á quienes mira él como sus maestros por la larga experiencia y por su sabiduría consumada.